

TRIBUNA DE

LA VANGUARDIA

LA ESPAÑA REAL

EL CUARTO ESTADO

Lo más importante que ha pasado en España desde 1960 aproximadamente es la incorporación a la vida activa de grandes mayorías de españoles: obreros, campesinos, peritos en diversos oficios, vendedores, profesionales de servicios; y, por supuesto, las mujeres pertenecientes a esos grupos sociales, ejercen una profesión o no. Lo que podríamos llamar el «cuarto estado», si fue el tercero el que hizo su irrupción en la historia con la Revolución Francesa, a fines del siglo XVIII.

Extrañará que hable de incorporación reciente a la vida activa de gentes que tanto han solido trabajar, hasta el punto de que muchas veces se ha reservado para ellas —injusta y peligrosamente— la palabra «trabajadores». Pero es que el trabajo, tal como lo ejercitaban muchos hombres, era ciertamente actividad, pero no merecía llamarse «vida activa» porque apenas era vida —y esa ha sido la máxima injusticia social—. La actividad laboral de innumerables hombres ha solido quedar por debajo del «umbral» de la vida propiamente personal, de la vida histórica, pública, política, cultural. Se esperaba de ellos un «producto» —«productores» se han llamado en España en los últimos decenios, con un curioso eufemismo—, un «rendimiento», pero nada más. Ese rendimiento, por lo general, estaba mal retribuido, pero peor aún es que no se esperase de ellos más que eso.

En los dos últimos decenios, y con un ritmo acelerado, se ha realizado un despegue económico que ha permitido emerger a la superficie de la historia a una buena parte de los españoles que habitaban el «subsuelo» de nuestra sociedad. Algunos millones de españoles —todavía no todos— han tenido acceso a la realidad de su país; han empezado a tener tiempo para verlo; han podido gozar de sus productos; han logrado algunas máquinas e instrumentos de los que caracterizan al siglo XX; han viajado por España, en autobuses, trenes y, con cierta frecuencia, en sus propios modestos coches; han salido al extranjero —principalmente, al principio de ese período, por dolorosa necesidad, pero después con mayor holgura y voluntariamente, en números todavía pequeños, pero fabulosos si se los compara con los de cualquier otra época—. Se han asomado de varias maneras a la realidad actual —y a varias suplantaciones de ella también—; han visto dilatarse el hori-

zonte de sus posibilidades. Ha mejorado su realidad física —en estatura media, en salud, en belleza, factor tan importante, que se suele olvidar—; ha aumentado su longevidad, a la par que ha disminuido vertiginosamente la mortalidad infantil.

Todo esto había acontecido antes en otras partes: mucho antes en los Estados Unidos, en el Canadá, en las naciones más prósperas de la Europa occidental; algo antes en las menos favorecidas, con una o dos excepciones. Esta incorporación se hace en España con notorio retraso; pero hay que decir que se hace, que se está haciendo, y lo que no puede aceptarse es que se cierren los ojos a la realidad. La España laboriosa pero pasiva, es decir, la que históricamente no ha hecho más que «padecer», soportar, aguantar, y no ha conocido más modo de actividad que la agitación o la explosión empieza a ser activa, a proyectar, a elegir algunas porciones esenciales de su vida —aunque no todas, claro—; a vivir de pie. De esta enorme innovación hay que enterarse, primero; y después hay que extraer algunas consecuencias.

La primera, que este proceso no puede detenerse, salvo que sobrevengan condiciones catastróficas: cuando se está de pie, lo normal es echar a andar. Cada vez serán mayores las porciones de la sociedad española que tengan acceso al siglo en que viven; cada vez ese acceso será más amplio y más profundo. Si las cosas fueran como deben ir, antes de 1990 el censo de los verdaderos españoles coincidiría con la cifra de la población.

La segunda, que esa España activa va a ser más difícil de manipular; va a empezar a saber adónde quiere ir, y a distinguirlo de adónde la quieren llevar —o dejarla congelada—. No va a aceptar fácilmente espejismos, mesianismos, utopías. El paso del butano a la lavadora y el televisor y el coche, de la vivienda inhóspita a la agradable, del lavado precario con agua fría al baño habitual, de la alimentación deficiente a la normal del país, de los vestidos y los muebles raídos a los decorosos, todo eso ha enseñado a la población de España la gran disciplina: la de las cosas, que hay que hacer, conseguir, ganar, hacer funcionar. Ese camino hacia arriba, nada

fácil por lo demás, recorrido a fuerza de esfuerzos, ha contribuido más que otra cosa alguna a curar a los españoles de la magia.

Esos millones de hombres y mujeres —sobre todo de muchachos y muchachas— tienen enorme gana de vivir; tienen apetito, no han sido mimados por la vida, no se han encontrado la mesa puesta con todo lo demás, no van a hacer dengues ante la realidad. No van a estar dispuestos a desdenar ni destruir lo que tienen, porque apenas lo tienen, porque no pueden darlo por supuesto.

Por ejemplo, la educación, la cultura. Hay muchos jóvenes —y no sólo en España, por supuesto— a quienes no les interesa aprender nada: desprecian las instituciones docentes, de la escuela a la Universidad; no les importa que no funcionen, que no den clase, que no existan. Pero a los que ahora tienen acceso a ellas, por primera vez —no ya en su vida, sino en los recuerdos de toda su estirpe—, sí que les importa. Se dan cuenta de la diferencia que hay entre saber y no saber. La lengua, las matemáticas, la geografía, la psicología, la física, los idiomas extranjeros, las técnicas, las destrezas, nada de eso es obvio, nada es regalado; no basta con que lo supieran los padres o los abuelos —y los suyos no lo habían podido saber—; hay que aprenderlo, y esto quiere decir que hay que enseñarlo. Cuando el cuarto estado tenga su representación adecuada en la Universidad, no permitirá que la destruyan: ni los ministros, ni los catedráticos, ni los jóvenes profesores inquietos, ni los guardias, ni los estudiantes. No aceptarán una Universidad que funcione a un 25 por 100 de su capacidad cuantitativa y a un 10 por 100 de su calidad posible.

No creo que los miembros del cuarto estado se dejen manipular, ni seducir a rediles bien vigilados. No creo que, por dar gusto a unos cuantos privilegiados a quienes ha sido regalado todo lo que tienen, acepten volver a la pobreza, al hacinamiento, a la escasez, a la sordidez, a la vida sin horizonte, a la reclusión en un país del que no se sale, a la inferioridad humana, a la imposibilidad de elegir. Han pasado de la fase de domesticación. Han entrado —y van a seguir avanzando— en la civilización.

Julián MARIAS

PADRON MUNICIPAL

CENSOS Y LENGUAS

HA surgido la iniciativa —de ella se hacía eco «La Vanguardia» el pasado domingo— de pedir que, en el padrón municipal de próxima confección, se incluyan preguntas referentes a los usos y costumbres de la ciudadanía en materia de idioma. Se trataría de aprovechar la ocasión para disponer de un «censo lingüístico». Al parecer y según datos de algún organismo de las llamadas Naciones Unidas, ya son más de treinta países los que llevan a cabo indagaciones de esta índole, justamente —y juntamente— con las restantes de la rutina censal. Para las zonas donde se produce el fenómeno de «lenguas en contacto», la cosa tiene una importancia objetiva indiscutible. Los ejemplos que se citan, por lo demás, son muy ilustrativos: Suiza, Yugoslavia y Bélgica, a este lado del Atlántico y al otro, Estados Unidos y Canadá. La coexistencia de dos o más idiomas en sus áreas respectivas, en la medida y por las razones que fueran, constituye un hecho cuyo alcance salta a la vista, con implicaciones políticas casi siempre, y siempre con problemas prácticos de tipo cultural. Al fin y al cabo, dos lenguas —pongamos dos— «en contacto», suelen ser lenguas «en conflicto». Incluso, que no es lo corriente, cuando la legislación local trata de asumir la dificultad y resolverla en lo posible. Cualquier debate sobre el tema habría de tener como premisa el dato concreto y seguro: muchos datos, en una gama bastante considerable de precisiones.

En el territorio del Estado español, el asunto no necesita encañecimientos. Son cuatro los «vernáculos» vigentes: el castellano, el catalán, el gallego —o portugués— y el vascuence, sin contar el occitano de la Vall d'Arán, que no por su minúscula demografía hemos de olvidarlo. Curiosamente, esos cuatro —cinco— idiomas rebasan las fronteras estrictas estatales: el castellano tiene su ancha prolongación en el Nuevo

Continente y, en definitiva, el gallego pertenece a la familia filológica de Portugal y del Brasil; el occitano, el vascuence y el catalán se hablan a un lado y otro de las aduanas hispanofrancesas y no olvido la degrada supervivencia fósil del Alguer, bajo la soberanía italiana, o quizá sarda, que nunca se sabe. De cualquier modo, el «contacto» y el «conflicto» pertenecen a la experiencia cotidiana de la localidad. El castellano, lengua oficial y aun antes de serlo, incide sobre las otras, desde hace siglos. Y las otras, mal que bien, siguen ahí, supervivientes y sin ganas de morir. En un momento determinado, este encuadre, de por sí político —como el venerable Nebrija informaba a doña Isabel la Católica, «la lengua es compañera del imperio», o sea: del poder y eso Nebrija lo debió copiar de algún clásico latino—, se politizó más. Hace más de un siglo que el «contacto» se reconoció «conflicto» y los avatares del incidente han sido notoriamente incómodos.

Yo no sé si, «rebus sic stantibus», cabe una solución satisfactoria del lío. Una manera de entrar en razón, unos y otros, sería el «compromiso», que, como cualquier otro compromiso, sería «provisional». Y me temo que no sea fácil. No podría serlo, en principio, por la profunda impregnación —repto— política de la cuestión, ya irreversible, o irreversible desde el primer día. Pero la vida es la vida: un «modus vivendi» para ir tirando y Dios dirá. Hubo sus más y sus menos, en algunas regiones, a favor de algunas chambas históricas. Mi opinión es que eso, lógicamente, dentro de la lógica de unos hechos, no era ni es ni nunca será suficiente. A menudo, en tales trances, se esgrimió el gran argumento del «derecho a la lengua». Pero ¿y el «derecho de la lengua»? La «lengua» en sí, una «lengua», es algo, muchísimo más que la voluntad de sus hablantes. Es una creación social y cul-

tural, que, por la sola circunstancia de serlo, exige su perduración. Claro está: puede morir. El mundo está lleno de «lenguas muertas». En la práctica, las lenguas se resisten a morir. Gracias al analfabetismo, ahora mismo. Don Antonio Tovar supo explicarlo perfectamente en un opúsculo escasamente conocido.

¿A quién beneficia el genocidio idiomático? ¿O es que no hay alternativas «razonables»? Últimamente, un libro-encuesta proyectado sobre empresarios mallorquines, ponía el dedo en la llaga. En Mallorca, hasta el más obtuso «empresario», que habla mallorquin —el catalán de las Islas— en su domicilio y en la calle, descubre que su «dialeto» no le sirve para ciertas cosas: para ganar dinero, sobre todo. La clientela es cosmopolita, y, por serlo, con una simplicidad elemental, que pondría carne de gallina al carpetovetónico más alucinado, se manifiestan partidarios del inglés. Lo de la «lengua de Cervantes» o la «lengua de Ramón Llull» no les impresiona. Pero si nos impresiona a los demás: Cervantes, Llull, Rosalía, o lo que sea. Un idioma es un depósito de humanidad y de «humanidades». Otra vertiente de la angustia comercial o industrial es el idioma «pregmático». O para la difusión científica. El recurso al inglés es muy explicable. Fuera del turismo, ¿el inglés? Quizá el ruso, o el alemán, e incluso el checo, según la especialidad. Y el francés de los Luises. A veces, pienso que fue un error que la fauna sabia olvidase el latín. La noción de «lengua auxiliar» le estaba encomendada, durante centurias y centurias. Puede ser otra cualquiera: un volapuk inventado o la «compañera del imperio» correspondiente.

En la hermosa e inevitable inercia de cada día, las «lenguas» necesitan escuelas, imprentas, televisores y mucho más, bastante más que eso, para subsistir. El «censo lingüístico» podría

ayudar a perfilar la evidencia de base y forzar a los «hombres de poder» a meditar lo que pasa por sus manos.

Yo tampoco me haría muchas ilusiones acerca del particular, dicho sea de paso. Una encuesta sistemática —eso es el «censo»— ¿cómo podría recoger la confusa y compleja actitud «lingüística» del vecindario? Ese «vecindario» ¿hace lo que quiere, sabe lo que quiere, a la hora de «hablar»? Una lengua no es sólo hablar ni sólo escribir cartas burocráticas, desde luego. El inglés turístico, un poco de alemán y de francés, sería la opción de la periferia, de la diplomacia, de los estudios superiores. El «censo lingüístico» será lo que quieran que sea los señores que fabriquen los enunciados de las preguntas y lo que los habitantes del país, con sus alineaciones a cuestas, contesten. Pero más vale eso que nada. Lo que anda en juego es un intento de clarificación. El resultado, desde luego, no será, en cifras solemnes y justas, demasiado favorable a las lenguas minoritarias, o mal llamadas «minoritarias» porque son mayoritarias en su ámbito geográfico. La ofuscación general será eso: ofuscación. Pero conviene puntualizarlo. En el catalán, desde Figueras a Guardamar, y desde Fraga a Mahón. Por motivos obvios, el cañarnáun lingüístico no es menor en Alicante que en Barcelona y si no lo es tanto en Palma de Mallorca y en Valencia, es por pura casualidad. Sea lo que sea, conviene saberlo: qué lengua se habla, qué lengua se desea hablar, qué lengua se niegan a hablar... Los padrones municipales contribuirían a aclararlo... Personalmente, no estoy muy seguro de que lo aclaren. Valdría la pena de intentarlo, sin embargo.

Joan FUSTER

¡NECESITAMOS VACIAR STOCKS, ¡¡ APROVECHESE !!
VITRINA 2m. PRECIO ESPECIAL 59.000 ptas. COFRISA Pº SAN JUAN, 71 Tel: 207 05 97 (Precisamos colaboradores)

SOLER MUEBLES REFRACTARIOS de seguridad contra incendios, que protegen: DOCUMENTOS EFECTIVO LETRAS DE CAMBIO COLECCIONES DE SELLOS etc. ARCAS Y BASCULAS SOLER, S.A.

idiomas inglés, francés alemán, ruso, italiano catalán y español para extranjeros. CURSOS: Inmersión total o parcial. Intensivos, acelerados, normales. Especiales de VERANO. Lineales modulares, mixtos. Particulares, colectivos. Personalizados y diseñados "A MEDIDA" INTERLOG Enseñanza especializada de idiomas con fines profesionales. Rosellón, 199. Tel. 218 26 58

EXAMEN GRATIS de Ud. o de sus hijos, etc. (Edad mínima: 12 años). Examinase gratis y sin compromiso, por correo, con la máxima reserva, para valorar su expresión y su comprensión. Basta con que señale las faltas de léxico y/o de ortografía que ofrecen los siguientes textos. Nivel elemental: Haga Usted simultáneamente, a intervalos regulares, flexión de palabras y extensión de piernas. Nivel superior: Conque aun José se río de mí. ¡Cuán triste es su sino, sino cambia! ¿Qué que se, dice? ¡Si que se!, ¿Do iba con esa soneta en sí? Quién mas, quien... sola te dejo. Detras tuyo, el hula. ¡Que de crugir da dientes! Si opta Ud. a un simple aprobado, basta contestar lo de nivel elemental; pero si opta Ud. a la máxima calificación, debe dar todas las alternativas posibles explicándolas con otras palabras e indicando la solución más probable. Recorte este anuncio, adjunte un sobre ya autoidrigido y franqueado, envíelo con su solución al Apartado 5287, Barcelona, y recibirá, gratis y sin compromiso, la calificación, más una información que le va a interesar.

Si Ud. quiere AMISTAD O AMOR Y MATRIMONIO. ¿es persona mayor de 18 años, soltera, libre o viuda, encontrará discretamente lo que busca en "Mensajes del Club" mensual privado. Folleto confidencial. Envíe 9 sellos de 2 pts. Relaciones Club, Apartado núm. 460 de Sabadell.

COMERCIAL TERRESTRE MARITIMA DE BARCELONA. COMUNICA A SUS CLIENTES Y AMIGOS QUE CONTINUA PRESTANDO SUS SERVICIOS DE TRANSPORTES EN LOS MISMOS LOCALES DE CALLE CONSEJO DE BIENTO, n.º 484 (TELEF. 225-83-67) Y CALLE LLULL, n.º 233 (TELEF. 309-86-00) N.º QUE HASTA LA FECHA HA VENIDO DEBARROLLANDO SUS ACTIVIDADES Y N.º DONDE SEGUIRA ATENDIENDOLES CON EL MAYOR ESmero, SIENDO FALSOS OS RUMORES DE QUE LA ENTIDAD HA CAMBIADO EL NOMBRE DE SU RAZON SOCIAL.